
120

Axxón 120, noviembre de 2002

Este número

Carlos Daniel Joaquín Vázquez

Aclaración previa

Como ustedes sabrán, Eduardo Carletti está de viaje. Salió tan de improviso que no delegó en nadie, más allá del mantenimiento habitual del contenido diario de la página, el armado del número 120 de la revista.

No obstante, y con importantes novedades a cuestas, algunos de los que estamos más cerca de Eduardo (aunque sin su consentimiento) quisimos "tomar" la revista y poder así mantener la exactitud de comenzar un nuevo número con cada mes.

Seguramente no podremos mantener la frecuencia en la renovación del contenido tal como lo hace Eduardo, y posiblemente este número será un poco más flaco que de costumbre. Haremos lo posible para que la ausencia de Eduardo no se sienta, pero la preparación de cada número y del sitio en sí requiere una cantidad de tiempo diaria que lamentablemente no podremos dedicar.

Carlos Daniel Joaquín Vázquez, 1 de noviembre de 2002

Editorial - Axxón 120

¡Llegamos al 120! ¡Hay importantes novedades! ¡Carletti no está! (Y cuando el gato no está, los ratones aprovechan para escribir el editorial.)

(Ése que avanza sobre el escenario es Alejandro Alonso. Se lo ve nervioso. Tropieza, se levanta, sonríe a la audiencia. Llega hasta el micrófono. Carraspea, se atraganta, tose, se pone colorado. Le alcanzan un vaso de agua. El discurso cayó al piso, las hojas se mezclaron. No las levanta. Improvisa...)

Con la venia de maese Vázquez voy a prologar su editorial para compartir con ustedes unas pocas ideas que me asaltaron con relación a este número muy especial, y también para hacer un anuncio. Porque, contra viento y marea (y gracias al tesón y al sacrificio de Eduardo Carletti, en estos momentos de viaje por cuestiones personales y por lo tanto ausente de la inauguración de este número)... Decía: contra viento y marea llegamos al número 120. Es un número histórico y merece un editorial especial que, en ausencia del creador, director y alma máter de Axxón, encaramos Daniel Vázquez y yo.

Allá por septiembre de 1994, con la llegada de Axxón 60 en su formato ejecutable-multimedia, los responsables de las secciones de la revista (Carlos Ferro, Andrés Urtubey, Fabián Labeau, Martín Brunás, Mónica Torres, Rodolfo Contín, Daniel Vázquez y yo, entre otros) cometimos una picardía: inventamos una suerte de épica en tono de broma, donde los Hombrecitos Verdes de Alfa Centauri invadían la Garrafa Virtual (la sección de comics, cine, dibujos animados y afines) y raptaban al director de la revista (Eduardo, off course). Esto sucedía en el Axxón 58 y el rescate se daba en Axxón 60, en coincidencia con el cumpleaños de la revista. Era la "época de oro" de las secciones. El mensaje (inconsciente en ese momento, pero ahora evidente) era que las secciones "salvaban el día". Eduardo había abierto la revista a los colaboradores y éstos se despachaban con mucho contenido, a fin de sumar más brillo (si esto era posible) a la ya prestigiosa publicación electrónica. La torta de cumpleaños de ese año, cuando Gladys (esposa de Eduardo) la presentó en aquel salón espectacular a la vuelta del Café Tortoni, mostraba cuatro cabezas, en representación de las distintas secciones de la revista.

Sesenta números después, por motivos distintos, los colaboradores vuelven a tomar la revista cuan Hombrecitos Verdes de Alfa Centauri. Esta vez es sólo con el propósito de mantener la continuidad de la página web y la revista mientras Eduardo no está. Y así como en aquel número 60 se anunciaba el Axxón multimedia, esta vez también hay anuncios.

Después de mucho, mucho, mucho bregar por parte de Eduardo, nos fue concedido el dominio www.axxon.com.ar. Pueden probar: ahora sí, es hora de que cambien sus links en todas partes del planeta Web. En nombre de Eduardo, quiero agradecer a aquellos que aportaron su granito de arena para que esto fuera posible.

Los dejo con el editorial de Daniel.

(En este punto todos aplauden. Ahí va Daniel avanzando por el escenario. Lo hace rígidamente, evitando la mirada del público. Lleva una carpeta cargada de hojas, en lo que parece ser su discurso. Se enciende una pantalla holográfica que dice: "Carlos Daniel Joaquín Vázquez (Axxonita)- Escritor, ilustrador y ex-director de la revista Axxón". Alguien en el fondo grita ¡Grande Joaquinázquez!. Las luces se atenúan. La gente hace silencio… También él deja los papeles sobre una silla vacía, descartándolos, y se queda un momento quieto, con la mirada perdida)

Yo también recuerdo especialmente aquel número 60. Esa vez, la tapa me tocaba a mí. Recuerdo que quería hacer "bolitas girando sobre bolitas", como si fuesen satélites que dejaran el rastro de su trayectoria. También recuerdo la música de Juan Kovak sonando a través del parlante de mi PC. Digo el parlante porque yo no tuve placa de sonido hasta mucho tiempo después. Así que escuchaba todo a través del "PC Speaker", en ese caso la música escrita por Juan, con un comienzo extremadamente rítmico. Recuerdo también la versión final en la tapa, y mi emoción cuando, en un acto con aire a "cortar la cinta de inauguración", Eduardo "cerró" el número y todos, ubicados alrededor de la máquina, vimos correr por primera vez ese número 60 de la revista, con la música saliendo por los parlantes del equipo de música de Eduardo, al que la PC estaba conectada… Yo tuve la sensación de que estábamos haciendo algo *distinto.*

Ahora, que se duplicó esa cifra, Axxón 120 sale a la luz justamente cuando Eduardo no está en Buenos Aires. En una publicación mensual, estas diez docenas implicarían justamente diez años. Por lo tanto, este número debería haber salido hace mucho (Septiembre de 1999) y hoy iríamos, de haber respetado esa continuidad, por el

Paradójicamente, quien escribe estas líneas es uno de los responsables directos de ese atraso y apenas tiene que ver con la reconstrucción y resurgimiento de esta revista. Las causas del retraso son claras: quienes heredamos la dirección no pudimos cumplir con el esfuerzo de mantener su regularidad. Y las causas del resurgimiento también son claras: Carletti volvió a tomar las riendas luego de su periodo sabático, esta vez acompañado de cerca por Alejandro Alonso.

Pero quizá ese hueco no haya sido tan malo. Se perdió tiempo, sí, pero posiblemente haya servido para tomar la distancia necesaria y empezar a pergeñar este presente. En esta “nueva época”, si podemos llamarla así, la clave pasó por la reformulación del sitio en la red, que ya existía pero era mucho más limitado, y la transformación de la misma revista desde su formato ejecutable (el cual igualmente extraño) al formato HTML. Si a la posibilidad de acceder en cualquier momento y ver crecer cada número (con los relatos de ficción, los portfolios de arte, las notas de divulgación, los ensayos, el Andernow) le sumamos aquellos ítems que se renuevan prácticamente cada día (Chiste e Imagen), El cuento elegido, la columna del taller literario y en especial las noticias de Joe Garrafex y los muy buenos informes del Zapping (otra vez Carletti), creo que tenemos una opción digna de ser visitada una y otra vez.

Desde que comenzó esta nueva etapa muchas de nuestras expectativas se han ido alcanzando y rebasando. Mes a mes la cantidad de visitantes ha sido mayor. Casualmente en septiembre pasado los accesos a la página superaron por primera vez la marca de las doce mil visitas (12.000, cien veces 120), con un promedio diario mayor a cuatrocientas. Periódicamente, muchísimos viejos lectores que creían que la revista había desaparecido se reencontraron con ella. Muchos de ellos, y también muchos lectores nuevos, mantienen un contacto diario a través de la lista de correo de Axxón. Creo que ésa es la mejor realización de Aníbal Gómez de la Fuente, anterior director de la revista.

Éste es nuestro presente, con un sitio sano y vigoroso, con la regularidad recuperada, con presencia en nuevos soportes de información (no me quiero olvidar del trabajo que está haciendo Marcelo Huerta en la conversión para su lectura desde handhelds tipo Palm) que nos permiten llegar a cada vez más lectores, con una comunidad que participa a través de la lista Axxón aportando

mensajes sobre temas que raramente tienen desperdicio, y gente que aporta lo suyo al taller literario virtual.

¿Qué extraño? El número ejecutable, ya lo dije. El formato HTML es poderoso, nos permite llegar más lejos y a más gente, pero carece de la ductilidad y potencia que la vieja revista había alcanzado. En estos tiempos, donde la publicación electrónica comienza a imponerse en manos de los grandes consorcios a partir de apenas un puñado de formatos de e-books, tomo todos esos viejos números de Axxón y no dudo en preferirlos, preguntándome qué hubiese pasado si su mentor los hubiese desarrollado con entero ánimo comercial y en otro país (en el verdadero "primer mundo"), más preocupado en difundir el soporte que en la excelencia del contenido.

Otra cosa que extraño, y bastante, son las fabulosas tapas móviles de Axxón, la gran mayoría aportadas por Rodolfo Contín. También extraño el correo nutrido de esas épocas, cuando enviar un e-mail era mucho más difícil y al correo lo traía el cartero, en el que pululaban, en un océano de ideas, "cosas viscosas" y otros seres mitológicos. Además guardo la secreta esperanza de que vuelvan las secciones perdidas: "La Garrafa Virtual", "El Portal Fantástico", "Tour Macabro", "Infocórtex", "El rincón de las tinieblas", "Xanadu"… Incluso extraño las muy antiguas "Disquisiciones inocuas". Estoy dejando afuera a varias secciones y seguramente estoy olvidando a muchos, así es mi memoria.

¿Qué espero? No perder el ritmo ni el aire. Axxón es un emprendimiento no comercial y la situación, todos lo saben, es muy difícil. La idea es seguir creciendo. Conocer nuevos amigos. Continuar en la búsqueda de nuestro propio idioma y encontrar nuestra propia voz. Y ésta es otra cuestión que no quiero dejar pasar.

Siempre tratamos de impulsar los temas que nos gustan desde nuestra óptica hispanoamericana. Creo que en este continente plagado de desigualdades y en tiempos donde éstas se hacen cada vez más evidentes, debe intentar, a través de nuestro propio idioma y nuestra propia visión, tañer la cuerda que nos toca, sin copiar a otros, sin guiarnos por las ideas que otros (que viven en otro espacio sociocultural muy diferente) tienen de nosotros e intentan imponernos como propias.

Para que también a través de la fantasía, el terror y la ciencia ficción, el mundo escuche nuestra propia voz.

(Daniel se retira del escenario. Alguien levanta una copa y propone un brindis. ¡Salud!)

Alejandro Alonso y Carlos Daniel Joaquín Vázquez, 1 de noviembre de 2002

Correo 120

noviembre de 2002

No solemos poner aquí mensajes de la lista de Axxón. Pero éste es lo bastante representativo como para “mudarlo” a esta sección.

(De la lista de Axxón)

Hola a todos.

Me presento a la lista: mi nombre es Jorge y soy de Montevideo.

Conozco Axxón desde la época de los disquetes pero la redescubrí hace un mes y me prendí. Estoy encontrando muchas cosas buenas en cuentos y artículos, realmente felicitaciones a todos los colaboradores. Waquero: 10 puntos. AleA: tus cuentos están bien buenos (sin menoscabo para todos los demas). Me encanta la ficción científica, la fantástica y la surrealista. Me encanta Clarke, Gibson, Levrero, Dick, LeGuin, Aldiss y una torta más. Aunque tengo gran debilidad por los cuentos pioneros de muchos de ellos. Me gusta más el Clarke de “Los nueve mil millones de nombres de Dios” que el de “2061” (y ni mencionar “3001”). Es decir, de la época en que estaban en el fandom, y escribían en un ambiente tipo éste, como están haciendo muchos acá. Ojalá les vaya tan bien como a ellos :)

suerte

ElOtroJorge

Muchas gracias. Espero que el reencuentro te depare muchos momentos felices. Desde acá no bajamos los brazos. :-)

Es raro, pero cada vez siento más que estamos formando un fandom hispanoamericano, Internet mediante. Me explico: la participación en listas de otras comunidades (en mi caso, las españolas, pero sé que otros participan de listas mexicanas, por dar otro ejemplo), en concursos de otros países, y la posibilidad que tienen los medios de trascender la distancia, producen una sensación de pertenencia extendida bastante particular. Y entonces nos encontramos escribiendo desde nuestra identidad (con sus riquezas y miserias) pero de cara a otras identidades. Yo escribo en argentino (y no lo puedo evitar), pero pensando que un lector español o mexicano o uruguayo o chileno o peruano me va a leer.

¿Es así, existe este fenómeno, o me estoy poniendo gagá?

Alejandro Alonso (por Axxón)

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

El Gaucho de los Anillos (1)

Otis



“En un overo rosao, // Flete nuevo y parejito…” Así comienza una de las recreaciones clásicas de la literatura argentina, el *Fausto* de Estanislao del Campo. Esta obra, compuesta después de haber asistido el autor a una representación de la ópera *Fausto* en el Teatro Colón de Buenos Aires, se recrea la epopeya del otro *Fausto*, el de Goethe, tomando las formas de la poesía gauchesca. A diferencia del otro gran poema gauchesco, el *Martín Fierro* de José Hernández, Estanislao del Campo intenta contar la historia de modo burlón y desde la óptica del gaucho.

Siguiendo esa línea, queremos presentar aquí el primer capítulo de *El gaucho de los anillos*, otra recreación en formato gauchesco, de la obra ya universalmente clásica de J. R. R. Tolkien.

Aquí me pongo a cantar
tocando de cualquier modo;
les voy a contar a todos,
oiganmé con atención,
el viaje de iniciación
que se mandó el hobbit Frodo.

Del guapo Bilbo Bolsón
era sobrino el petiso,
que era uno que se hizo
famoso por su aventura;
vivía en tiempo e' cordura
en un aujero del piso.

Se apareció el mago Gandalf
pa'l cumpleaños del tío,
y armó semejante lío
con los cuetes que tiró
que pronto en el caserío
el bailongo se largó.

Era amigo el cumpleañero
del istari calavera,
que lo llevó a una carrera
ande embocó una sortija
que embrujaba al sabandija
siempre que se la pusiera.



El anillo hacía invisible
por algún raro gualicho,
y como Bilbo era bicho
pa' hacer diabluras lo usó;
más de cien años cumplió
y seguía con sus caprichos.

Se paró el homenajeao
como pa' hablarle a la gente;
y ansina, en un redepente,

sin que vieran la tramoya,
puso en su dedo la joya
que lo hacía trasparente.

Oculto en la brujería
vio a la gente boquiabierta
con la cara medio muerta;
caminando bien ligero
se llegó hasta su aujero
y le echó tranca a la puerta.

Le esplicó al amigo Gandalf
preparando el equipaje
que dejaba el paisanaje
y que no iba a regresar;
que no quería espichar
sin haber hecho este viaje.

Dejaba al sobrino todo
lo que había en el aujero:
la guitarra, el apero,
la bombacha de faena,
mucha yerba de la güena,
pañuelo y hasta un sombrero.

“¿Y el anillo?”, dijo el mago.
“¿También se lo vas a dar?”
No supo qué contestar;
llevó la mano al bolsillo
donde guardaba el anillo
y ahí nomás dentró a dudar.

Medio haciendosé el pollito
le vaciló: “Y… no sé…
Hace tanto lo gané
y me acostumbré a usarlo,
que pienso en abandonarlo
y me agarra un no sé qué”.

El de la barba, enojao,
se le paró frente a frente
y gritó: “¡No se comente
que se nos vino a enviciá
con la invisibilidá
un gaucho ansí de valiente!”.

Avergonzao por el grito,
Bilbo agachó la cabeza
y contestó con tristeza:
“Tenés razón, che, lo dejo”,
y haciendolé caso al viejo
lo puso arriba e’ la mesa.

Le habría gustao tener tiempo
pa’ saludarlo al pariente;
le encargó muy diligente
que lo despidiera de él,
y marchó pa’ Rivendel
con los elfos, güena gente.

Relojeó el mago el anillo
que tenía frente a sí,
quiso agarrarlo y ahí
le dentró un escalofrío;
en eso llegó el gurí
preguntando por el tío.

Gandalf dijo la verdá:
“Bilbo dejó la querencia;
se fue a vivir con urgencia
al pago e’ lo’ orejudos.
Te deja muchos saludos
y tuitas sus pertenencias”.

Lo desembuchó con bronca
al entripao el muchacho,
y puso el grito: “¡Caracho!
¡Con lo que yo lo quería!”.
Pero llorar no podía
porque no es cosa de machos.

Señalandolé la mesa
dijo Gandalf: “Ese anillo
es el que usa el muy pillo
siempre que desaparece;
guardálo y lustrálo a veces
pa’ que no te pierda brillo”.

Y se fue el mago en el sulky
en el que había llegao.
Iba medio preocupao

con el anillo en las mientes;
rato largo ya había andao
cuando se golpió la frente.

"¡La pucha!" lo largó al grito
y ahí le dentró el jabón,
que si tenía razón
la tierra estaba perdida;
pegó la güelta enseguida
y lo apuró al mancarrón.

Continuará…

Otis. Noviembre de 2002.

"Otis" es el seudónimo de un activo participante de la lista Axxón y del taller literario. Seguramente tendremos más noticias de él…

Cuentos de Horror a la Hora de Dormir

Alexis Javier Winer



Los semáforos se hicieron para no ser respetados. Los semáforos son trampas. Si salís de la Capital, nunca, pero nunca, te detengas frente a uno. Pero cuando recuerdo —literales— estas palabras, desde luego ya es tarde. He salido de la Capital —ya no importa la razón—, y al ver el semáforo en rojo estudié la encrucijada, las cuatro esquinas y sus alrededores en busca de personas, ya no sospechosos, por aquí todos lo son, y al no ver a nadie —nadie en la encrucijada, nadie en las cuatro esquinas, nadie acercándose, nadie en esas viejas construcciones derruidas, nadie por ningún lado— me detuve. Ahora, dos minutos más tarde, el semáforo permanece en rojo. Entonces comienzo a sentir el frío punzón del miedo porque recuerdo —literales— aquellas palabras. ¿Quién las había pronunciado? Alguien ahora cómodo y seguro, protegido por las altas murallas y las ametralladoras automáticas que rodean la Capital. Pero ya es imposible arrancar: una cosa es no haberse detenido, pasar por alto una luz roja, una falta leve, y otra muy distinta arrancar sin permiso tras haber simulado obediencia, una especie de traición. Alrededor: nadie. Pero no, un minuto más y alrededor: algo. No gente, algo distinto, un rumor silencioso, una invisible hostilidad que proviene de todas partes. A lo lejos: una figura, la silueta de una mujer y su hijo en un changuito destartalado perteneciente a lo que antes fueran grandes shoppings suburbanos, un triste remedo de cochecito infantil. Pobre, pienso. Y entonces un ruido me asusta: toc toc. Al girar, del lado del conductor veo un anciano, la mano extendida; se supone que la mirada de los ancianos desposeídos es triste pero no la del mío: tras el fondo de sus ojos negros hay fuego. Toc toc toc. Busco, tanteo, encuentro tres billetes —aquí afuera una pequeña fortuna— y presiono un botón para que, con un leve zumbido, el vidrio baje. El anciano toma el dinero pero no se retira; tampoco agradece, el fuego de sus ojos incendia el lugar de donde extraje los billetes y ahora percibo en el aire algo distinto, un murmullo, un rumor bajo, una evidente hostilidad, y no sé por que pienso en el lobo viejo que señala la presa al resto de la jauría. El anciano levanta la mirada al cielo y emite algo que bien podría ser un aullido. El cielo responde con un relámpago que ilumina múltiples sombras que

surgen desde las sombras, miradas sin fondo, babeantes sonrisas fijas en mi auto. El semáforo permanece en rojo, ya una eternidad. Hay cosas peores que la traición, pienso y pongo primera para escapar antes de que las sombras me alcancen. Pero no soy tan rápido como para evitar al viejo, la mano del viejo, algo en la mano del viejo que hiere la blanca piel de mi auto, un largo corte transversal en mi propia piel. A mi espalda, un ruido que identifico como de armas de fuego; lo conozco, pues todas las noches acuna mi sueño y todos los días nace tras la muralla que nos protege y llega hasta las alturas en las que habito, junto con las columnas de humo, los vacilantes dedos que en el cielo anuncian una guerra entre pobres. ¿Por qué?, me pregunto. ¿Por qué? Por el auto, es la respuesta que debí haber anticipado y que —quizá tarde— sólo llega ahora. Tiene diez años y pertenece a una época distinta en la que el lujo y la categoría eran objeto de culto y no de odio. Aunque no es ninguna maravilla —en la Capital los hay más nuevos y mejores— debí suponer que aquí las cosas resultarían distintas. En la Capital todo es como antes, nadie odia a nadie, todos somos felices. Pero esa felicidad tiene un precio, y aquellos que no están dispuestos a pagarlo simplemente deben irse. El sistema es justo; cada quien tiene lo que merece, pero luego de tanto tiempo sin salir todo lo que sucede afuera ha sido, en mi pensamiento, relegado al rincón que le asignamos a la fantasía, un horror que no es horroroso porque lo sabemos falso o lejano, leyendas monstruosas que ocurren en otros lugares, cuentos de miedo a la hora de dormir. Pero ahora anochece y ya no se dónde estoy, a dónde me dirigía, por qué abandoné la Capital. En las sombras que nacen, nacen también disparos ocasionales, todos dirigidos hacia mí. Pronto ya no hay espejo derecho. Pronto el vidrio de atrás tiene dos agujeros calibre veintidós. Pronto me encuentro manejando a ciegas, mi desesperación busca una salida que la acerque a las lejanas luces de la Capital. Pero algo —¿uno de aquellos proyectiles?— muerde la rueda delantera derecha y pierdo el control. Choco contra una construcción oscura, paredes que se derrumban sobre paredes ya derrumbadas. Airbag: un recuerdo de los noventa. Las luces distantes del único lugar seguro iluminan, pálidas, las sombras que se ciernen sobre mí, manos extendidas que piden lo que no puedo darles, que no se contentarían con nada de lo que yo poseo. Me reflejo en el fuego de sus ojos vacíos; el hambre, puedo leerlo, alimenta ese fuego que los consume. No utilizan palabras para comunicarse, tan solo un murmullo, palabras pronunciadas a media voz que pueden oírse a kilómetros de distancia porque se multiplican de uno en otro, las mismas palabras que, en la distancia, junto con los disparos, arrullan mis noches. Y ahora cobran sentido para sentenciar: culpable. Algo —tal vez el instinto— opera

por mí: abro la puerta y abandono el auto. Ellos ni siquiera me ven, se dirigen hacia lo que —junto con muchas otras cosas— jamás podrán tener y por eso odian. Los vidrios se astillan. Ganchos de acero y balas rompen su metálica piel. No lo quieren para sí. No lo quieren para revender ni para desarmar: aquí afuera nadie tiene nada, nadie necesita repuestos, todo lo preciado se concentra en una Capital a la que entrar es imposible. Me veo a mí mismo destrozado, los ganchos que ahora también morderían mi piel si no hubiese salido a tiempo, mientras el ejército de sombras consume el automóvil. Y de pronto descubro que ya no puedo regresar; jamás me dejarían entrar, ni siquiera podré acercarme a sus muros de ametralladoras que no preguntan quién vive sino qué tienes, ¿un auto?, ¿modelo?, ¿chip de identificación?, adelante, eres uno de los nuestros, ¿no?, entonces aléjate o muere. Soy, como ellos, una sombra y poco importa que haya dedicado toda una vida a estudiar idiomas, a una carrera, costumbres refinadas, a perfeccionar mi pertenencia, y que ellos hayan nacido en la nada de la que ahora todos somos parte. Las palabras se niegan a salir, apenas semipalabras sordas, un murmullo que, en la distancia, me arrastra con la multitud, me une a la jauría, repetidos golpes sobre aquello que ya jamás podré tener. A lo lejos se iluminan, tenues en la noche, los semáforos y su eterno resplandor de sangre.

Martes 22 de Octubre de 2002.

Alexis Javier Winer es argentino y trabaja como diseñador web en una importante empresa petrolera. Se ha esforzado durante casi diez años para lograr tener en cartera una vasta producción de textos que van desde la CF hasta el policial y el costumbrismo. Nos cuenta que ha trabajado sin descanso para pulir sus habilidades.

Actualmente está en avanzadas negociaciones con la Editorial Sudamerica por la publicación de una novela de CF. Fue premiado en el Concurso Axxón, Mundos Diferentes, por su cuento “Por la vía sentimental”.

Entrevista con Alejandro Alonso, ganador del premio UPC 2002

equipo Axxón

Un axxonita en la corte catalana

A horas del anuncio de los ganadores del Premio UPC de Ciencia Ficción 2002, Alejandro Alonso conversó con Eduardo Carletti, director de Axxón, y otros miembros del equipo. En este reportaje, el autor habla de cómo concibió la novela ganadora, de la necesidad de tallerear los textos y de las vicisitudes de la CF en castellano.

Las noticias de hace un año nos decían que un argentino, Carlos Gardini, lograba por segunda vez con el premio UPC de Ciencia Ficción. La noticia nos puso felices, y así lo dijimos en la entrevista de ese momento, porque premiándolo se hacía justicia al esfuerzo constante de un autor excepcional que sufre el hándicap de estar inmerso en el mercado literario de un país ingrato para este tipo de producción. Y este año la noticia no sólo nos pone felices sino exultantes, porque se trata de un amigo y un hermano: **¡Ganó Alejandro Alonso!** No tengo palabras para describir la felicidad que me produce. Conozco paso a paso los esfuerzos de Alejandro porque venimos trabajando juntos desde hace 10 años. En 1992 publiqué su primer cuento en Axxón, *Demasiado tiempo*, justamente el cuento que presenta la idea en la que se basó luego para escribir la novela ganadora. He visto la preocupación, el esfuerzo constante, la ansiedad y el crecimiento de Alejandro, no quiero decir que es como un hijo, porque sería como erigir una barrera generacional y además como si me pusiera en una posición superior. Me considero más un amigo y un hermano. Como escritor me pueden dar envidia sus logros, pero más que nada me produce una enorme felicidad —repito— que haya ganado este premio tan importante, porque es totalmente merecido. Alejandro es un luchador, es una parte importante de Axxón y me siento muy orgulloso de ver que ha logrado —y nosotros también, porque no— un reconocimiento así.

Para quienes no lo conozcan, Alejandro Alonso es argentino (nacido en la Provincia de Buenos Aires en 1970) y, además de ser escritor y

activo colaborador de Axxón, es periodista y trabaja en publicaciones tecnológicas y de negocios. El Premio UPC de Ciencia Ficción al que se hizo acreedor (ex aequo con el escritor madrileño Pablo Villaseñor) es uno de los más prestigiosos del género en lengua castellana.

Fragmento de “La ruta a Trascendencia”, novela ganadora del Premio UPC 2002

Lo miré a los ojos para ver si era una burla. La conversación parecía de telenovela. Para peor, yo aún no sabía o no quería saber con quién estaba hablando. Me había acostumbrado a odiarlo por habernos abandonado. No, a odiarlo no… a desdeñar la necesidad que yo tenía de él.

Me resultó difícil distinguir su expresión en ese bosque de estelas. Pero mientras trataba de enfocar una de ellas, Lando se levantó, dio tres pasos y se puso a la luz. La lámpara alumbró sus rasgos con claridad.

Tuve un minuto entero para comprobar que él hablaba de corazón.



Alejandro Alonso y el Maestro Adolfo Bioy Casares, durante una entrega de premios del CACyF

AX: ¿Cómo te enteraste de que habías ganado el premio UPC?

AA: En realidad, la noticia me llegó el lunes 18 de noviembre por mail. Para ese momento yo ya había perdido toda esperanza. Entre ese día y el jueves siguiente no supe muy bien en dónde estaba parado. Todavía no lo creo.

AX: ¿De qué trata el relato? ¿Cómo lo concebiste?

AA: "La ruta a Trascendencia" es la concreción de una idea que ya aparecía en el primer cuento mío, aparecido en Axxón 33: "Demasiado tiempo". Sin embargo, ahí la idea estaba apenas sugerida. No estaba explotada en toda su potencialidad. Algunos años después la retomé, y la llevé al taller literario que los integrantes de Axxón hacemos los viernes, en la casa de Aníbal Gómez de la Fuente, para que fuera discutida. Tomé la precaución de grabar esa discusión, pero el desafío era tan grande que al principio no hice nada. El año pasado retomé la idea una vez más, pero desde otro ángulo. La acción transcurre en un pueblito llamado Trascendencia, donde una incursión extraterrestres dejó secuelas que afectan el espacio-tiempo. Los habitantes de este pueblo tienen una percepción distinta del tiempo y el espacio porque existen de una forma diferente. A partir de allí, el argumento incursiona en las paradojas que producen estas secuelas y en los conflictos personales y sociales de los habitantes.

AX: ¿Cómo fue el proceso de corrección?

AA: Cuando terminé el primer borrador "cerrado" no tenía más que un relato basado en la novedad del "punto de vista". Pero a medida que lo fuimos trabajando con Carlos Gardini y que lo fueron leyendo algunos amigos que tienen buen ojo crítico, los personajes ganaron en profundidad y emergieron algunas metáforas interesantes. Así que, al mismo tiempo que ajustaba el estilo, los ripios, algunas inconsistencias en la trama, emergían otras cosas. Carlos me hizo preguntas sobre lo que había escrito que, al ser respondidas, provocaban ideas nuevas o me hacían recordar otras que no había desarrollado. Eso terminó de redondear el relato. Hubo mucha gente dentro y fuera del Grupo Axxón que colaboró de una u otra forma. Sin ellos, "La ruta…" no sería lo que es.

AX: ¿Por qué no viajaste a recibir el premio?

AA: No pude preparar el viaje con nueve días de antelación y, además, como pasa con la mayoría de los argentinos, la situación económica no está para permitirme ahora ese lujo. Me hubiera gustado ir. Son eventos a los que uno podría asistir una vez en la vida. Hubiera querido agradecer personalmente a la gente que organiza el Premio UPC, a la universidad y al jurado, cosa que ya

hice en un mail y ahora aprovecho a hacer por este medio.

AX: Por lo publicado en Axxón y en otras revistas, veo que tenés preferencia por el género histórico. ¿Es así o sólo se aplica a un grupo de relatos?

AA: Son etapas. No soy historiador ni me dedico seriamente a la Historia, pero cuando cursaba esa materia en el Círculo de la Prensa (en la carrera de periodismo), los profesores ponían tanta pasión que era difícil no engancharse. Así que leí un poco, y terminé descubriendo escenarios muy prometedores para mis relatos, contradicciones de nuestro pasado que bien podrían ser interpretadas de otra forma y, sin querer, me encontré especulando sobre eso. De esa especulación, de esa mixtura de hechos que están en los ensayos y los libros de texto con otros que aparecen en las novelas de CF o Fantasía, surgieron relatos de los que me siento muy orgulloso. “1807” —aparecido en Axxón— está en esa línea, pero hay mucho material inédito que espero redondear y publicar algún día.

AX: ¿Te documentás mucho para escribir?

AA: Empiezo con una idea vaga: “Acá hay algo”. Entonces leo más sobre el tema, pero no con el espíritu crítico del estudiante, sino preguntándome dónde se puede poner un conflicto, en qué momento el diablo puede haber metido la cola. Lo demás es simplemente encontrar a los personajes y tratar de describir un escenario creíble y funcional. No me preocupa el rigor histórico más allá de lo que significa para el lector promedio que la historia sea coherente y, dentro de lo que el género admite, verosímil. Lo que sí trato es de revelar algún hecho histórico real y de teñirlo de fantasía. En “1807”, por ejemplo, el desembarco y el recorrido de los protagonistas está basado en el diario de uno de los invasores: Lancelot Holland. Hay observaciones, cosas que llaman su atención y que bien podrían ser interpretadas de otra forma. Yo sólo agregué el elemento fantástico y los dejé interactuar.

AX: ¿Qué otros proyectos tenés?

AA: Tengo ideas, pero nada concreto. Estoy revisando muchos relatos que escribí hace tiempo y que se pueden mejorar a fin de hacer una compilación. En España, el sello Transversal (Equipo Sirius) planea editar la saga de relatos basados en Oniris: un universo que yo creé y que fui desarrollando segmentadamente a través de cuentos. Al igual que en “La ruta…” Oniris se nutrió de las ideas de mucha gente e incluso nacieron varios relatos —no todos concluidos, pero no pierdo las esperanzas— de otros escritores. Uno de los que sí lo cristalizó fue el español Eduardo Vaquerizo, y su

relato formará parte del volumen. Lo bueno de este volumen es que al estar todos los cuentos juntos, el lector puede encontrar puntos de contacto entre los relatos y quedarse con la sensación de que todas las postales conforman una especie de novela, interpretado esto en un sentido amplio. Sinceramente me gustaría escribir la segunda parte de “La ruta…”, tengo el título pensado y todo, pero todavía no encuentro el corazón de la historia.

AX: ¿Cómo se llamaría?

AA: Todavía no sé si lo voy a escribir, pero se llamaría “Persecuta”. Se darán una idea del tema que quiero abordar si leen “La ruta…”. También quiero escribir algo —novela, cuento largo, no sé— sobre un escenario extraterrestre creado colectivamente en la lista de e-mails de Axxón. Es un ecosistema que quedó apenas esbozado, sobre todo en lo que refiere a una de las criaturas, pero que promovió discusiones sobre biología, química, tecnología, astronomía, sociología. Es tan interesante que merece la pena hacer relatos sobre ese universo. Espero que otros se animen a hacerlo también. Se generó mucha información. Y, claro, cuando uno aporta a estas cosas, por poco que sea, también lo siente un poco suyo.

AX: Por lo que decís, daría la impresión de que en torno a Axxón se generó una usina de ideas y de gente que las plasma. ¿Es así? ¿Cómo influye esto en la creación?

AA: Es así. Tal vez no funcione de forma tan lubricada como algo instrumentado desde el vamos, sino que sea más informal, pero la gente que participa de la lista, del taller de los viernes y de la revista (lectores, escritores, el editor, los colaboradores) tienen mucho para decir. A la hora de especular y de orientar al escritor, tanto la lista de correo como la tertulia de los viernes son muy valiosas. Por otro lado, la influencia en la creación es un tema interesante. Tal vez tenga que ver con cómo yo desarrollo los relatos. A veces, uno sólo tiene ideas fragmentarias, o le falta apoyatura científica (algo que puede ser crítico en materia de CF), o está en medio de un nudo argumental que no puede desenredar. Tiene dos caminos: o se las arregla solo —y ciertamente hay muchas formas de hacerlo y es parte del desafío del escritor— o abre el juego y trata de enriquecerse con el aporte de otros. Ahí nace un nuevo desafío, que es el de aceptar ideas y críticas sin que lo que uno quiere decir cambie radicalmente. En este momento de mi vida como escritor, si es que tal cosa existe, me siento permeable y me gusta meter en la marmita las sugerencias. Ahí es donde esa usina de ideas contribuye a hacer mejores relatos. En última instancia, mal que le pese al ego del escritor, lo que importa es que al lector le satisfaga lo que lee y que el relato tenga calidad.



Alejandro Alonso durante una reunión informal de Taller de Axxón

AX: ¿Cuál es el valor que le das a la corrección?

AA: En general, cuando se termina de escribir un texto lo que se tiene es un borrador. Uno escribe rápido y sin tener en cuenta los detalles para que las ideas no se vayan, para que todo quede asentado. La primera corrección es de coherencia. Cuando hablo de "corrección", me refiero a una etapa donde hay decenas de lecturas y reescrituras. La segunda corrección es de legibilidad (para mejorar frases, elección de palabras, puntuación y el estilo en general) y, al mismo tiempo, se da un proceso que permite "ver" cosas que antes no vimos y que puede hacer que los personajes ganen en consistencia, que las metáforas sean más ricas, que el mensaje quede más redondo, que los detalles sean más explícitos. Ése es el valor.

AX: ¿Sos de cajonear tus historias?

AA: Hasta ahora no. Empecé hace poco.

AX: Una de las cosas más difíciles en cuanto a los concursos es cumplir con el "metraje". ¿Te quedaron cosas en el tintero?

AA: No, fue concebido para ser novela corta. Pero hay líneas argumentales que no desarrollé y que podrían ser la semilla de una segunda novela corta en el mismo universo.

AX: ¿Qué estás escribiendo en este momento?

AA: Estoy corrigiendo. No tengo mucha paz para escribir. Pero, como dice un colega, uno siempre escribe, aún cuando corrige.

AX: Actualmente hay al menos tres libros de CF escritos por argentinos editados o en vías de estarlo; se están ganando concursos y hay posibilidad de publicar. ¿Pensás que se está alcanzando cierta maduración en la CF nacional?

AA: No, es poco. Pero es un principio. Para que esto pase, los editores locales tendrían que ponerse a trabajar con los autores. Eso

no pasa a menudo.

AX: ¿Por qué pensás que no hay CF argentina en Argentina en editoriales profesionales?

AA: En parte es un problema de crisis económica. No podés pensar en apostar literariamente si la empresa tiene que asegurar la rentabilidad en un esquema impredecible. Pero en las grandes editoriales también hay, desde hace varios años, muy poco espíritu para descubrir nuevos valores. También hay un preconcepto en la Argentina que dice que la CF no da ganancias. Pero tampoco se molestan en desarrollar el mercado local y regional.

AX: ¿Qué diferencias notás entre España y Argentina en cuanto al interés editorial para con la CF y F?

AA: Además de las publicaciones de gran tirada, en España hay mucha actividad de las empresas editoriales pequeñas y a nivel no profesional. Eso le da mayor dinamismo al mercado, impone cierta calidad literaria mínima y ayuda a expandir el género. Con todo, también están en crisis. Allá también se piensa que la CF española no da ganancias. La única diferencia es que se hizo la apuesta inicial y hay quienes quieren seguir apostando. Eso es muy valioso y, en el proceso, se horada cada vez más ese mito.

AX: ¿Echás de menos la existencia de concursos locales de CF?

AA: Sí. Es una lástima. Y eso hace que uno no sea profeta en su tierra. Afortunadamente, los premios que se conceden en España tiene el nivel de apertura necesario como para abarcar Latinoamérica. El caso del UPC es importante, pero el Pablo Rido o el Domingo Santos también tienen ese grado de apertura. Son motores de la literatura fantástica en castellano. El UPC, además, suma cierto prestigio por el nivel que tiene.

AX: ¿Qué escritores hispanoparlantes conocés que debieran, a tu parecer, merecer mejor suerte? ¿De quienes recomendarías seguir la obra?

AA: No conozco tantos. Pero me gustaría ver publicadas cosas de Eduardo Carletti y de Carlos Gardini, sobre todo localmente: que los lectores argentinos puedan acceder a ellas y que los autores obtengan un poco de reconocimiento tanto en palmas como en efectivo. Nadie vive del aire, y es difícil escribir cuando las preocupaciones inmediatas te abruman. Días atrás, Sergio Hartman me dijo que estaba escribiendo nuevamente y eso me puso muy contento. Alexis Winer es un joven valor que avanza a pasos agigantados. Otro que recomiendo es Marcelo Dos Santos. Me gustaría ver más cosas del cubano Yoss. En España hay muchos

valores que están haciendo cosas muy interesantes, pero si yo los conozco es porque su obra está bien difundida. Tuve la oportunidad de charlar tanto con Eduardo Vaquerizo como con Víctor Conde y de leer sus trabajos, y me gustaron. No tiene sentido mencionar aquí a un Rafael Marín, a un Torres Quesada o a un Juan Miguel Aguilera, por dar tres ejemplos, que no necesitan de mi reconocimiento. José Miguel Pallarés o Félix Palma también estarían en esa lista. Pero lo que yo pueda decir sobre autores hispanoamericanos es muy limitado, incluso muchos que he leído luego se transformaron en amigos, así que no soy imparcial.

(Agradecemos a Laura Siri y a Daniel Vázquez por sus participaciones en esta nota.)





Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**